

UN DÍA EN LA VIDA DE

LI SONG

mujer china

JACQUELINE BALCELLS
ANA MARÍA GÜIRALDES



ZIG-ZAG

UN DÍA EN LA VIDA DE

LI SONG

mujer china

JACQUELINE BALCELLS
ANA MARÍA GÜIRALDES



ILUSTRACIONES DE
Andrés Jullian

ZIG-ZAG

Un día en la vida de...

I.S.B.N. edición impresa: 978-956-12-2939-6.

I.S.B.N. edición digital: 978-956-12-2888-7.

8ª edición: febrero de 2019.

Obras Escogidas

I.S.B.N.: 978-956-12-2940-2.

9ª edición: febrero de 2019.

Editora General: Camila Domínguez Ureta.

Editora asistente: Camila Bralic Muñoz.

Director de Arte: Juan Manuel Neira Lorca.

Diseñadora: Mirela Tomicic Petric.

© 1992 por Jacqueline Marty Aboitiz y Ana María Güiraldes Camerati.

Inscripción N° 82.280. Santiago de Chile.

© 2013 de la presente edición por Empresa Editora Zig-Zag, S.A.

Empresa Editora Zig-Zag, S.A.

Inscripción N° 234.451. Santiago de Chile.

Derechos exclusivos de edición reservados

por Empresa Editora Zig-Zag, S.A.

Los Conquistadores 1700. Piso 10. Providencia.

Teléfono (56-2) 2810 7400.

E-mail: contacto@zigzag.cl / www.zigzag.cl

Santiago de Chile.

Diagramación digital: ebooks Patagonia

www.ebookspatagonia.com

info@ebookspatagonia.com

El presente libro no puede ser reproducido ni en todo ni en parte, ni archivado ni transmitido por ningún medio mecánico, ni electrónico, de grabación, CD-Rom, fotocopia, microfilmación u otra forma de reproducción, sin la autorización escrita de su editor.



Shandong, 650. Dinastía Tang

El árbol bajo el cual Li Song estaba sentada era viejo. Sus hojas susurraban a la luz de la luna, y a la luz del sol habrían podido contar muchas historias de lo ocurrido junto a esa ventana, donde uno de sus antepasados lo había plantado.

Un verano, cuando sus flores daban paso a cientos de frutos redondos y fragantes, Li Song había llegado a esa casa. Y durante dos años encontró paz y consuelo bajo las hojas brillantes del añoso naranjo.



Ahora ella tenía diecinueve años, pero sus ojos cansados y tristes en nada recordaban a la muchacha llena de vida, que había bajado del palanquín el día de su matrimonio. La boca de rictus amargos ya no sonreía, ni a la vista de la primavera que llegaba con sus flores, ni con los trinos que

llenaban el jardín de aquella casa grande y lujosa.

Su suegra la había recibido con fría amabilidad. Era una mujer obesa, y bajo sus varias capas de grasa anidaba un corazón duro, que se debatía entre dos sentimientos: los celos por esa muchachita que le quitaba el amor de su hijo y la ambición de una gran prole de varones que aseguraran la continuidad de su familia. Luego del nacimiento de Liu Wan, su vientre se había secado y ese hijo se había transformado en su único sol y su única esperanza.

Li Song pensó que con el correr del tiempo ella lograría demostrarle que su llegada había sido fructífera, y que la Venerable Madre terminaría queriéndola. Por ello hizo caso omiso de los comentarios poco cariñosos de esta y se esmeró en servirla lo mejor posible, sometiéndose a sus cambios de humor y a sus caprichos. Siempre cuidaba que el té estuviera a punto cuando su suegra lo deseaba, y más de una vez sus manos dieron interminables masajes al grueso cuello y a las anchas espaldas de la mujer. También untaba con aceites aromáticos sus deformados pies, mientras ponía a su alcance un platillo lleno de semillas de calabaza y frutas secas. La Venerable Ama solo agradecía con un suspiro cansado y miraba con insistencia el vientre liso de su nuera.

-¿Nada aún? -le preguntaba mes a mes.

-Ya vendrá, madre, ya vendrá -respondía Li Song, sin atreverse a levantar la cabeza. Y luego de hacer reverencias, se iba hacia sus habitaciones, con su cuerpo rígido como un bambú y el rostro acongojado.

-Ten paciencia, mi hilo de agua -le decía Liu Wan, en las noches, cuando al fin podían estar solos-. Ya verás que nuestro hijo llegará pronto y todo cambiará.

Luego su esposo la acariciaba con ternura, hasta arrancarle una sonrisa y después una carcajada de campana de cristal al viento.

Li Song, esperanzada, cubría su vientre con las manos y miraba por la ventana: a través del naranjo alcanzaba a

divisar un trozo de cielo. Entonces recordaba a Olan, su venerable y querida abuela muerta, y le rogaba por un hijo que hiciera feliz a Liu Wan y le diera a su insignificante persona un sitio en esa familia.

Pero la abuela, muy atareada quizás en el reino de los muertos, no puso atención a su súplica. Y así fue cómo la llegada del primer hijo solo le trajo reproches y amargura: la criatura, de carita amoratada y largos cabellos húmedos, nació muerta. El llanto de Li Song, cubriendo el pequeño cuerpo sin vida, estremeció únicamente a los árboles.

-No vale la pena llorar -dijo aquella vez su suegra, con la voz seca y ronca-. Era solo una niña. -Y salió al jardín, con un gesto de fastidio, para consolarse comiendo almendras saladas.

Durante un mes, Li Song soportó una solitaria cuarentena, encerrada en su pieza. Únicamente entraba a verla esa mujer arropada con una túnica raída y una expresión vacía en los ojos. Le llevaba agua, arroz y a veces una taza de té. La sola vez que la mujer habló fue cuando le dijo que había sepultado a su hija bajo el almendro, en la Colina del Águila Triste. Luego había agregado:

-También visité el jardín de las Flores Celestes, que algún día existirán. En un macetero blanco está la semilla que guarda el alma de tu próxima hija.